

gloria! ¡Qué inmenso deseo de hacerle conocer y procurarle adoradores! ¡Quién jamás amó á los hombres con un amor tan puro, tan sincero y tan generoso como Jesucristo? ¿Qué cosa puede imaginarse que sea comparable al celo con que los instruye, á la bondad con que los socorre, á la paciencia con que los sufre? La inocencia de sus costumbres, su moderacion, su desprendimiento, su aversion al fausto, á la vanagloria y á la avaricia, ¿quién la explicará? ¡Cuántas veces se enterneció, cuántas derramó afectuosas lágrimas por las desgracias de los hombres! ¡Cuántas veces se fatigó, cuántas palabras habló, cuántos pasos dió, por reducir al aprisco de su eterno Padre las descarriadas ovejas de Israel! ¡Qué noble sencillez en sus modales! ¡Qué dulce majestad en su presencia! Modesto sin afectacion, grave sin altanería, discreto y reservado sin ficcion, afable y popular sin bajeza, ni lisonjea los vicios, ni ofende á los hombres. Á todos hace bien, y todo lo hace bien. Ved ahí, amados cristianos míos, lo que á la primera vista del Evangelio percibimos de Jesucristo.

17. Si volvemos á estudiar el Evangelio con un poco mas de cuidado, ¡oh Dios inmortal, qué fondo de santidad tan insondable se nos presenta! Ningun vicio hallamos, ningun defecto, ningun primer movimiento, ninguna de aquellas pequeñas debilidades de que no estuvieron exentos los mas eminentes santos. ¡Qué hermosura y qué pureza la de su corazon! ¡Qué grandeza y qué elevacion en su alma! Lo sublime y sumo de la virtud era el estado natural de Jesucristo. Jamás necesitaba recogerse dentro de sí mismo para orar: jamás se vió precisado á reprimir sus pasiones para practicar lo mas heróico y sumo de las virtudes. Jesucristo fue sábio sin estudio, hermoso sin vanidad, rico sin presuncion, pobre sin disgusto, moderado, paciente, magnánimo é intrépido sin violentarse. Su humildad fue profundísima, su mansedumbre inalterable, su pureza mas que angélica, su obediencia mas que humana y su modestia la mas edificante. Toda virtud tenia asiento en su alma. Todo cuanto él dijo, fue precisamente lo que debía decir; y todo lo que él hizo, fue precisamente lo que debía hacer. Todo era perfectísimo en Jesucristo: sus pensamientos, sus palabras, sus obras, sus acciones, su cuerpo y su alma. No puede imaginarse virtud mas verdadera, mas sólida, mas franca, mas superior á toda preocupacion y consideracion humana, á todo temor, á toda esperanza y á cualquiera especie de intereses. Cuando desafia á los judíos á que le convenzan de algun pecado, me veo precisado á creerle un Hom-

bre-Dios que en medio de sus enemigos hace brillar su santidad para eterna gloria de su Padre.

18. Ved, cristianos oyentes míos, los caractéres generales que de la santidad de Jesucristo nos dan los Evangelistas. Si quereis mas instrucciones sobre algunos particulares, idlos escuchando con atencion. Volved á leer el Evangelio, y hallaréis en él que Jesucristo ha dado á los reyes, á sus ministros, á los sacerdotes y á los grandes del mundo todo lo que es debido á la dignidad de que estaban revestidos. Pero reflexionad que jamás les dió nada de mas. Nunca elogió sus talentos, su grandeza ni sus riquezas; solamente alababa su virtud. Lo que mas estimaba y honraba en el hombre, era el hombre mismo, ó la dignidad de su naturaleza humana, que él mismo habia dignificado uniéndola á su divinidad. ¡Oh qué virtud tan rara! ¡Oh qué santidad tan heróica!

19. Leamos el Evangelio, y hallarémos que Jesucristo no hizo otros milagros que los que convenia hiciese un Hombre-Dios. Si da vista á los ciegos, oido á los sordos, habla á los mudos, salud á los enfermos y vida á los muertos; si arroja los demonios, si serena las tempestades, si multiplica los panes, si descubre los pensamientos mas ocultos de los hombres, si todos los elementos le obedecen, si los Ángeles le sirven, si los hombres y los espíritus infernales tiemblan en su presencia, si el sol y la luna se oscurecen, si las piedras se parten, si el velo del templo se rasga, si los sepulcros se abren y los muertos cuando mueren vuelven á la vida, si él mismo resucita, si resucitado come, bebe, habla, camina, enseña, instruye, y al fin sube á los cielos á la vista de tantos testigos: en ninguno de estos grandes prodigios tuvo parte alguna el respeto humano, la curiosidad de los espectadores, la vanidad ó complacencia de hacerse admirar de las gentes: hizo grandes prodigios, ciertamente no los niegan los mas declarados enemigos del Cristianismo; pero todas sus maravillas tuvieron por objeto la mayor gloria de su Padre celestial, el socorro de los desgraciados hijos de Adán, y la demostracion de su mision divina. Para quedar penetrados de esta verdad, no teneis mas que leer el Evangelio: en él hallaréis que los fariseos le piden con un tono imperioso que haga un milagro; y como el orgullo es quien le pide, se le niega. Claman sus mismos discípulos que haga descender fuego del cielo contra Samaria; y como la venganza solicitaba este milagro, el Señor le niega, y los reprende. Alégrase Herodes al verle en su presencia, esperando que haria algun prodigio; y como la curiosidad es

el origen, calla y no le hace. Piden los escribas y sacerdotes que baje de la cruz y creerán en él; y como su divina Majestad conoce no ser justa su petición, la niega y muere en la cruz. En vano buscaréis un lunar en la santidad de Jesucristo. Su intencion y sus operaciones son perfectas, son justas, son heroicamente virtuosas. ¿Quereis ejemplos de bondad, dulzura, clemencia y misericordia? Representaos á Jesucristo y á la Magdalena á sus piés en casa de Simon el Fariseo; á Jesucristo presidiendo el juicio de la mujer adúltera; á Jesucristo hablando con la Samaritana en el pozo de Sincar; á Jesucristo comiendo en casa de Zaqueo con los publicanos; á Jesucristo rodeado de niños, á quienes ama y defiende. Representaos, vuelvo á decir, á Jesucristo en estas y otras ocasiones de su santísima vida, y decidme si toda la caridad que podemos concebir en un Hombre-Dios para salvar los hombres, no está brillando á vuestros ojos. ¿No le veis como el Pastor mas vigilante y benigno, como el Padre mas tierno y mas amable? ¿Podia el mismo Jesucristo pintarse á sí mismo con caractéres de mayor benignidad y misericordia?

20. ¿Quereis ejemplos de fortaleza y de una libertad intrépidamente santa? Representaos á Jesucristo arrojando del templo á todos los que le profanaban con sus negociaciones, derribando sus mesas, echando por el suelo sus dineros y celando el honor y culto de su casa: representáosle dando en rostro á los escribas y fariseos con sus hipocresías, sus injusticias, sus tradiciones perversas y sus costumbres corrompidas. Nada puede imaginarse que se parezca al espíritu, al fuego, á la terribilidad de sus reprensiones contra aquellos hombres que abusaban sacrilegamente de todo lo mas santo que habia en la religion, que imponian cargas insoportables sobre los fieles, y no arrimaban siquiera un dedo de misericordia para ayudárselas á llevar. Estremecen y horrorizan aquellos anatemas que Jesucristo proferia contra ellos: *Vae vobis, Hypocritæ, Scribæ et Pharisei! vae vobis! vae vobis!* ¿Habeis alguna vez considerado, amados cristianos míos, quiénes eran estos hombres á quienes el Señor reprendia con tanta dureza, y quiénes eran aquellos otros á quienes trataba con tanta clemencia? ¡Oh reflexion digna de que no la olvideis jamás, para conocer la santidad de la fortaleza de Jesucristo! Los escribas, los fariseos, los príncipes de los sacerdotes eran unos hombres públicos, de grande reputacion en el pueblo, que podian conmovérle á su voluntad, revolverse contra Jesucristo, atentar contra su vida y procurarle su muerte; y los

otros eran unos hombres pobres que nada podian, y de quienes nada habia que recelar: estos eran unos pecadores de flaqueza ó ignorancia, y aquellos unos pecadores de malicia y de poder: y no obstante Jesucristo se levanta contra sus desórdenes, y reprende intrépidamente sus vicios en unas circunstancias terribles, en las que el respeto humano reduce al silencio los hombres mas animosos, y les hace olvidar lo que deben á Dios y á su sagrado ministerio, y trata al mismo tiempo con dulzura á los que son el blanco mas frecuente de las almas cobardes, pero altivas, que los tratan con la mayor dureza y sin la menor consideracion. ¡Oh Dios inmortal! ¿Qué proceder tan santo el de Jesucristo en su sagrado ministerio! ¿Qué debilidades tan reprensibles cometemos cada dia sus ministros por no imitar una conducta tan justa!

21. Pero no omitamos dar una vista sobre el estado mas brillante de la santidad de Jesucristo. Mirémosle en su pasion y en su muerte. En ella es donde descubre toda la hermosura, toda la fuerza y toda la grandeza de su alma. Todo cuanto el mundo ha admirado por mas grande, es inferior á él con una distancia infinita. Á su vista todo parece pequeño, toda virtud se eclipsa y toda santidad desaparece. Nada hallamos en todas las historias que se parezca á tal modo de padecer y morir; revestido de un poder infinito, derriba con una sola palabra toda la multitud armada de ministros y soldados que venian á prenderle: permíteles luego que se levanten y se entrega voluntariamente en sus manos. Esta era la voluntad de su eterno Padre; esta era la suya, y esto lo que nos convenia y era necesario para nuestra salud y remedio. Abandonado de sus amigos y entregado al furor de sus enemigos, mira llover sobre su venerable persona violencias, injusticias, calumnias, insultos, ultrajes los mas inauditos y tormentos los mas atroces; pero ni manifiesta su inocencia delante de los jueces, como Sócrates, para poner en salvo su reputacion, ni publica la violencia de su grande padecer como Job, ni pide venganza su sangre derramada como la de Abel. No reclama los derechos de la justicia, tan abiertamente violados contra su persona, ni el respeto debido á la naturaleza humana, tan indignamente hollado. Á la manera de un cordero manso enmudece, y no se resiste, ni se queja, ni murmura. La indignacion, la cólera, el desprecio, la vanidad ni otra pasion alguna se deja ver en sus ojos, ni en su rostro, ni en su porte, ni en sus palabras. Un silencio profundísimo en su lengua, una admirable serenidad en su semblante y una tranquilidad en su al-

ma, superior á la naturaleza del hombre: ved ahí lo que desu-
brimos en la pasion y muerte de Jesucristo. Si alguna vez habla,
es para rogar por sus enemigos, para escuchar á sus enemigos y
para alcanzarles el perdon. Si llora, es de compasion de las mise-
rias de su pueblo: si clama á su Padre, es para encomendar su es-
píritu en sus manos: si mira á su Madre, es para dejarla en su dis-
cípulo Juan un hijo adoptivo que la sirva y obedezca: si atiende á
su discípulo, es para dejarle á él y á todo el género humano una
madre y protectora en su Madre misma.

22. Levantad los ojos, amados cristianos míos, á la santa cruz,
y veréis en ella á Jesucristo como dueño de la vida y de la muer-
te: como árbitro soberano de los eternos destinos de los hombres.
Desde la cruz abre las puertas del paraíso á los que le reconocen
y confiesan, y las cierra á los incrédulos que se obstinan en su ce-
guedad y mueren en la impenitencia. La cruz es una cátedra en la
que el Dios de la santidad enseña todas las virtudes con su ejem-
plo, despues de haberlas enseñado en su vida con su doctrina. La
humildad mas profunda, la paciencia mas asombrosa, la paz mas
inalterable, la fortaleza mas invencible, la caridad mas inimitable.
Desde la cruz extiende los brazos hácia el uno y el otro polo para
abrazar á todo el universo y formar un solo pueblo de los dos que
reinaban en toda la tierra: el judáico y el gentílico. En la cruz, co-
mo en un sagrado altar, consuma este Pontífice sumo, inocente,
santo, inmaculado, el sacrificio cruento de su cuerpo y de su san-
gre, y con él reconcilia el cielo con la tierra y hace las paces entre
Dios y el hombre. En la cruz, como desde un trono, descubre este
Rey inmortal de los siglos toda la extension de su virtud y la fuer-
za de su imperio. Él mismo habia profetizado que cuando fuese le-
vantado de la tierra, todo lo atraeria á sí, y ya vemos cumplida su
profecía. Las naciones le adoran, los reyes le veneran, y el mundo
arrodillado delante de la santa cruz demuestra la verdad de sus
palabras. En la cruz... Pero, cristianos míos muy amados, leed
vosotros el Evangelio, y hallaréis las verdades que os anuncio. Leed
el Evangelio, y encontraréis, si le leéis con profunda humildad, fe
sencilla y corazon piadoso, rasgos aun mas brillantes de su sabidu-
ría y santidad. Hallaréis una infinidad de cosas, que mas bien se
conocen que se explican. Hallaréis una sabiduría suma en sus pre-
ceptos, en sus consejos, en sus máximas, en sus palabras y en sus
exhortaciones. Una sabiduría no solo superior á la de todos los hom-
bres mas sábios, sino infinitamente mayor que la de todos ellos.

juntos. Una sabiduría, en fin, digna de un Hombre-Dios. Hallaréis
á Jesucristo, si leéis el Evangelio, no solo exento de todo pecado,
de todo vicio, de toda imperfeccion y de toda debilidad, sino acom-
pañado de todas las virtudes. En vano buscaréis las mas sobresalientes,
porque todas lo fueron en sumo grado. En todas fue perfectí-
simo, en todas santo. Hallaréis, por último, que los Evangelis-
tas nos dieron la historia mas cabal, mas hermosa y mas perfecta
de Dios hecho hombre por amor del hombre. Historia verdadera,
historia fiel, historia divina, historia inspirada por el mismo Dios
para instruccion y santificacion del hombre.

23. Dad gloria á Dios, hermanos míos, porque él solo es el sá-
bio que destruye la sabiduría de los sábios del siglo, y pierde la pru-
dencia de los prudentes segun la carne: él solo es el sábio que ilu-
mina á todo hombre que viene á este mundo: él solo es la luz del
mundo y la verdad por esencia: él conoce los corazones de los hom-
bres, escudriña sus intenciones y pesa en balanzas justas su mérito:
de la plenitud de su sabiduría hemos recibido todos la parte que se
dignó comunicarnos. Dad gloria á Dios y bendecid su santo nom-
bre, porque solo Dios es bueno, solo él es santo, él solo es el Se-
ñor de los cielos y la tierra, de los Ángeles y los hombres, y el bien-
hechor de todo el universo. Dadle honor, culto, reverencia, hon-
ra y bendicion, porque es santo en su esencia, santo en sus obras,
santo en sus palabras, santo en sus determinaciones, santo en el lu-
gar de su morada, santo en la ley que nos impone, y nos hace san-
tos si la obedecemos y cumplimos. Sed santos, hermanos míos, pues
podeis y debeis serlo ayudados de su divina gracia. Santos son los
Ángeles que le alaban en el cielo, santos los bienaventurados que
le conocen, le aman y le gozan en la gloria, y santos son los jus-
tos que le sirven en la tierra. *Sancti estote*, dice el Señor, *quoniam
ego sanctus sum, Dominus Deus vester*.

24. Y vosotros, incrédulos, que os preciais de instruidos, ¿que-
reis ser santos? ¡Ah! tambien podeis serlo dejando vuestra incre-
duldad. La religion santa abre los brazos como el buen padre de fa-
milias para recibir al hijo pródigo, si abandonais como él el camino
oscuro y tenebroso en que os precipitó vuestra increduldad y abris
los ojos á la luz de la verdad. ¡Qué piedad! ¡Qué misericordia!
Esta religion, esta misma madre llena de bondad y de clemencia
quiere abrigaros en su seno, y cubriros con su manto, si obedien-
tes á su voz creéis sus verdades, temeis sus amenazas, esperais sus
recompensas, obedecéis sus preceptos, recibís sus Sacramentos y

amais á su eterno Fundador. Ella sabe perdonar las injurias que la habeis hecho, las blasfemias que habeis proferido, y los ultrajes con que la habeis tratado, si os resolveis á reconocer vuestros errores, apartaros de vuestros extravíos y serla fieles en adelante. ¿Que-reis todavía navegar en ese mar borrascoso, lleno de incertidumbres, sustos, pesares y tormentos, y expuestos en cada ola á un naufragio eterno? ¿No vale mas viajar por un camino breve, derecho y firme que conduce seguramente al fin para que Dios nos crió, que pasar de un sistema á otro, de una opinion á otra, de una ilusion á otra, de un engaño á otro, sin hallar descanso, paz ni seguridad en ninguno? No violentéis vuestra razon, y nada hallaréis en el convite que os hago que no sea justo, bueno y santo. Os convido con la paz, dejad la guerra: os convido con la seguridad, abandonad la incertidumbre: os convido con la gracia, desterrad la culpa: os convido con las luces de la fe, salid de las tinieblas de la incredulidad: dejad la tierra, yo os convido con el cielo, en donde deseo daros un abrazo eterno en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero, á quien sea dada toda honra y gloria por los siglos de los siglos. Amen.

ESQUELETO DEL SERMON

SOBRE

LA CLARIDAD DE LAS PROFECÍAS

Y VERDAD DE LOS MILAGROS.

Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi? (Joan. viii, 46).

Si yo os digo la verdad, ¿por qué no me creéis?

1. Es imposible hacer un recto uso de la razon y contradecir lo que dijimos sobre la existencia de Dios, la verdad del Evangelio, etc.
2. Objeciones de los incrédulos contra las profecías.
3. Objeciones de los mismos contra los milagros.
4. Confesar que hay Dios y combatir su veracidad en las profecías, y su omnipotencia en los milagros, es una evidente contradiccion... Las profecías no son ambiguas, sino claras; los milagros no son inciertos, sino verdaderos, innegables.
5. *Invocacion*: Dios eterno... Sostened mi debilidad: llenadme de vuestro Espíritu...

Primera parte: Claridad de las profecías.

6. No seria justo entrar en materia, sin explicar primero qué cosa es profecía, cuántas especies conocemos de ellas, y de qué medios debemos valernos para su recta inteligencia.
7. Profecía es un anuncio misterioso, una vista clara de lo futuro... una operacion propia del Ser eterno... Símil... Encuéntranse en el Antiguo Testamento tres especies de profecías relativas al Mesías... De ahí tres reglas de crítica... Sin estos previos conocimientos...
8. Profecía ó promesa hecha á nuestros primeros padres...
9. Los hombres virtuosos de la ley natural todos vivieron con la fe de la venida de un Redentor... Profecía hecha á Abraham...